



Foto: ANDREA LANCELLOTTI

¡SALVE, SPES!

Carlos Germán Belli

PRÓLOGO Y EPÍLOGO DE ÓSCAR HAHN

Carlos Germán Belli nació en Lima (Perú) en 1927. Traductor, periodista y profesor auxiliar de la Cátedra de Literatura Hispanoamericana de la Universidad de San Marcos de Lima. Poeta visitante del Programa Internacional de Escritores de la Universidad de Iowa (EEUU). Becario de la Fundación Guggenheim.

Ha publicado los siguientes libros de poesía: *Poemas* (Lima, edición de autor, 1958), *Dentro & fuera* (Lima, Ediciones de la Escuela Normal de Bellas Artes, 1960), *¡Oh, Hada Cibernética!* (Lima, Ed. La Rama Florida, 1961, 2ª ed., corregida y ampliada, 1962), *El pie sobre el cuello* (Lima, Ed. La Rama Florida, 1964), *Por el monte abajo* (Lima, Ed. La Rama Florida, 1966), *Sextinas y otros poemas* (Santiago de Chile, Ed. Universitaria, 1970), *En alabanza del bolo alimenticio* (México, Ed. Premiá, 1979), *Canciones y otros poemas* (México, Ed. Premiá, 1979).

PALIMPSESTO

Colección de Poesía

Dirección:

Francisco José Cruz

Secretaria de Dirección:

Rosario Acal

Diseño:

ARTE-FACTO

Edita:

Área de Cultura y Deportes del
Excmo. Ayuntamiento de Carmona

Redacción:

San Juan Grande, 26 - Teléfono 95 419 04 18
41410 - CARMONA (Sevilla)
E-mail: francacruz@jazzfree.com

Administración:

El Salvador, 2 - Teléfono 95 414 22 00 - Fax 95 414 07 16
41410 - CARMONA (Sevilla)

Fotocomposición, Fotomecánica e Impresión:

INGRASEVI, S. L.- Políg. Ind. El Pilero, calle Esparteros, 2
Tfno. 95 419 06 89 - Fax 95 419 07 01 - 41410 - CARMONA (Sevilla)

Depósito Legal:

SE - 820 - 1990

© Carlos Germán Belli
© Del prólogo y epílogo: Óscar Hahn
© De la presente edición: PALIMPSESTO

¡SALVE, SPES!

Carlos Germán Belli

PRÓLOGO Y EPÍLOGO DE ÓSCAR HAHN



PALIMPSESTO

CARLOS GERMÁN BELLI: DEL BUEN VIVIR AL BUEN MORIR

Uno de los proyectos más riesgosos de la poesía hispanoamericana de las últimas décadas es el del poeta peruano Carlos Germán Belli (1927). Desde sus primeras publicaciones, y sin ningún temor a ser leído erróneamente, Belli ha elaborado un discurso poético inconfundible, que en gran medida se funda en formas y referencias que provienen de la cultura greco-latina y que en la actualidad se encuentran fosilizadas.

Que el mismísimo año 2000 Belli se atreviera a publicar un libro con el anacrónico título de “¡Salve, Spes!”, habla por sí solo. Pocos lectores actuales se animarían siquiera a abrir una obra con un título como éste, que suena a folios apolillados y a retórica neoclásica del siglo XVIII. Sin embargo, ahí está el Belli de siempre: sólido, imperturbable, materializando su sorprendente estética, y completamente inmune al qué dirán.

“¡Salve, Spes!” es un saludo a la esperanza. Esta idea o sentimiento adquiere la figura de una deidad romana a la que se le rinde tributo. Sospecho que el tema algo tiene que ver con el hecho de que Belli haya traspasado la barrera de los setenta años. Lo que el poeta parece percibir al frente suyo, y cada vez más cerca, es la presencia de la muerte. Su esperanza sería entonces una manifestación de fe cristiana en un modo superior de existencia.: “Y es ésta la mejor / manera para hacer frente a la Parca, / como que

satisfecho / se pase del buen vivir al buen morir”, dice. El buen morir representa un cambio radical con respecto a su poesía anterior. En ella Belli sentía que estaba “empedrado / de millares de carlos resentidos”, como consecuencia del “apachurramiento” al que lo sometían los poderosos, y era más bien un desesperanzado. Pues bien, en la séptima sección asistimos justamente a un debate entre un “esperanzado” y un “desesperanzado”. El primero es un devoto de Venus, la diosa del amor; el segundo, sin saberlo, termina siendo un cómplice de la muerte.

El nuevo libro de Carlos Germán Belli no es una colección de poemas breves, como sus volúmenes precedentes, sino un solo poema largo, regido por el simbólico número 10. Son diez secciones (no creo adecuado llamarlas “cantos”), compuestas de diez décimas cada una, es decir, de unidades de diez versos. De esta manera “¡Salve, Spes!” dialoga con la tradición humanista y particularmente con las diez églogas de Virgilio llamadas “Bucólicas”, en las que también hay un homenaje a la esperanza.

Uno de los temas bellianos que reaparecen aquí es el de la condición de su hermano Alfonso, paralítico de nacimiento. Ya en algunos textos de “¡Oh, hada cibernética!” Belli había abordado ese difícil tema de una manera digna, conmovedora y exenta de patetismo. Esta vez recurre al mito de los dioscuros Cástor y Pólux, hijos de Zeus y Leda. Entre otras cosas, oh ironía, los legendarios gemelos se destacaron por sus proezas atléticas. Carlos Germán Belli realiza una muy original relectura del mito. Pólux es un inválido: “el inmóvil sempiterno” que “está en un mismo sitio resignado / como un árbol que no camina nunca”. En cambio Cástor, el dioscuro andante, “pisa fuerte el duro suelo / con las plantas ligeras”; pero lo agobia un sentimiento de culpa, porque siente que le ha robado el movimiento a su propio hermano. La esperanza de Belli reside en que “en los confines siderales”, Pólux y Cástor, vale decir, Alfonso y Carlos, se fundan con sus padres para formar una unidad y un todo.

Muchos podrían pensar que poetizar hechos biográficos recurriendo a la mitología clásica, y nada menos que en los albores del tercer milenio, es una empresa artificiosa, destinada a la burla. Pero no es así, porque Belli es una especie de Quijote al revés. Ahí donde otros ven figuras de la mitología, él ve personas reales. Y lo dice con un candor y con una naturalidad que son muy convincentes.

Hay lecturas que se rigen por la ley del mayor esfuerzo y otras por la del menor esfuerzo, con todas las gradaciones posibles. No cabe duda de que “¡Salve, Spes!” demanda una extraordinaria, y a veces agobiante, colaboración del lector. Pero la pluralidad de la poesía es vasta, y en ella hay espacio para los más variados proyectos; y por cierto, para una poesía tan inusual, compleja y exigente como la de Carlos Germán Belli.

Óscar Hahn

¡SALVE, SPES!

¡SALVE, SPES!

(Personificación romana de la Esperanza, a quien vislumbro a través de un devoto suyo que vivió en la era cristiana)

|

Allá en el horizonte apareciendo
como el sol de la medianoche rojo
cuyos rayos irradian por doquier,
que exactamente es ésta la esperanza
en la gastada edad de Eva y Adán,
y a cada rato los sentidos puestos
profundamente en ella
por ser el absoluto norte ahora
atrayendo los pasos
automáticamente ya por siempre.

Es vivir aferrándose a la creencia
de coronar lo que se quiere tanto,
nada más que el inmaculado pan
para engullirlo sin dejar migaja
con la más voraz gula (que es la anímica)
como la res comiendo el rico pasto;
y es ésta la mejor
manera para hacer frente a la Parca,
como que satisfecho
de un buen vivir se pase al buen morir.

No hay mayor caudal ni mayor sapiencia
que estar sujeto al cabo de los años
a la suprema idea con firmeza
de haber en este mundo o en el otro
la felicidad que es inalcanzable
por ser desconocida enteramente,
y aunque en estado informe
uno de figurársela no cesa
igual que una deidad
recóndita, qué importa, mas benigna.

Y encontrarse en el agua, fuego y aire
en las postrimerías propagado,
preparándose a alcanzar por último
lo tanto deseado cuando mozo
que por entonces era cada cosa
no pequeña sino nonata pizca
al pie del atroz cero,
aunque hoy en cambio cuántas ilusiones
y así esperando el todo
con igual brío ayer la ciega nada.

Es el sol de la medianoche rojo
que ha llegado el momento que relumbre,
y al fin no ya el mal ceño de los días
que era fatal presagio inexorable
tal si los nuevos años semejaran
tejido de tinieblas harto espesas;
que repentinamente
acá la esencia del nocturno sol
de la bóveda arriba,
y la oscuridad queda disipada.

Hoy el desconocido sentimiento
entre alegría y pasmo cómo bulle,
que ayer se le ignoraba día y noche
porque la dilatada edad delante
de fijo disuadía imaginarlo
como si nunca necesario fuera,
mas todo cambia ahora
en el sublunar globo en que se nace,
y he aquí el tiempo próximo
que los dedos vivientes cogen fuertes.

Eso que ayer jamás ni un pedacito
palpar se pudo de la gran fortuna
como aquellos dichosos qué campantes
de acá para acullá seguros iban;
aunque para quien en ayunas vive
a la postre tal como hoy lo descubre
le fue cuán adecuado
que por ansioso no como los otros
la ley divina aprende
al esperar el cielo desde el suelo.

Pues aplaca la gula en el otoño,
y no le importa haber vivido al margen
de la dorada primavera entonces
sin alcanzar las flores ni las mieses
que con profusión Flora les otorga
al pastor y a la ninfa en los umbrales
de la tierna estación,
que las dádivas son mejores cuando
el paladar se torna
como nunca más fino hasta el final.

Allá entre dos exequias flaco estuvo
cada decena de años puntualmente
sin atesorar la menor idea
de un futuro existir halagador,
que tanto era el dolor por la partida
de quienes hoy son sus paternos ídolos;
y en verdad merced a ellos
recién ha acariciado el buen mudar,
inmediato o después,
de indiferente a archiesperanzado.

Esta inimaginable feliz suerte
reina en el fértil prado que fue siempre
invisible, impalpable o inodoro,
y helo aquí todo tan inmarchitable,
que es la porción ayer no disfrutada,
hoy alumbrando como un áureo nimbo
cuando más se requiere
justamente en las horas decisivas
a la espera de aquello
que tarde viene, mas sí llega al fin.

II

(La resignación volcánica)

¡Que viva la total resignación!
Sí pues que la pujanza retroceda
hacia el fondo de la impenetrable arca,
que como en especial invernadero
yazga la flor del hálito vital
con sus pétalos de color carmín,
allí no marchitables,
que así las primaveras unas y otras
detenidas se quedan
hasta un nuevo mandato del destino.

¡Ea!, invisible resignación quieta
cual del aljibe el agua subterránea,
en cuyo fondo en sarro se convierte
conservando los átomos profundos,
y en su esencia reposa concentrada
hasta volver de nuevo a discurrir
afuera por el campo
seco como el humano interior reino,
que éste y aquél pueden
florecer sin haberlo pretendido.

Y tal estado de paciencia suma
es el cimiento de lo venidero,
que por entonces nunca imaginó
ser inquebrantable de arriba abajo
y qué sereno ante la adversidad,
como es forjarse así un viviente ignoto
para más adelante,
aunque ya viejo y aunque ya novísimo
codiciando sin límite
aquello que ayer no vivió ni un tris.

Es la quietud desértica propicia
para que en el futuro se transforme
en la propia acción de un varón colmado
de afares incesantes hasta el último
suspiro bajo el alto firmamento,
que el resignado imberbe otra vez nace
justo peinando canas,
y los pasos inmóviles antaño
los da simultáneamente
en uno y otro punto cardinal.

A la resignación andando el tiempo
ya se le canoniza de improviso,
cuando en el otro extremo de la vida
a enderezar empiezan los disfrutes
con arreglo a la soberana gana
que reina en cada cual desde la cuna;
y el meloso racimo
empuñado por la anhelante diestra
dejando atrás los cardos
por primera vez entre la hojarasca.

Y la actitud inerte día a día
resulta el cauce que directo va
a un mar cuyo caudal son altas ondas,
que por color y temple representan
los afares dormidos mucho tiempo,
ya que la superficie es verde allí
y lo líquido ondoso
tan parecido al alma que se encrespa,
como de pronto hoy
y por cierto mañana igual que ahora.

Que hasta más no poder fue ayer paciente
cebándose en las penas del momento
sin tratar de mirar el horizonte
a la espera de una pequeña lumbre,
pues por nada pensaba en esos rayos
brillando siempre sobre los mortales
del hado preferidos,
que el magno resignado era leal
no más a las tinieblas,
divisándolas como algo congénito.

Este constante error que duró tanto
constituye a la postre el más fecundo
de los que se perpetran cada día,
cosechando qué frutos por doquier
cuando descubre que la oscuridad
no es ley inexorable en este mundo;
e intempestivamente
en las lejanas horas por delante
el errado varón
lo oscuro postrimero muda en chispas.

La primavera juvenil perdida
no se sabe si por acción celeste
o ser desobediente empedernido,
aunque por suerte todo cambia a bien
en el otoño soberano ahora
cuando calladamente a él arriba,
e incrédulo contempla
el sol a mediodía refulgiendo,
y además ¡caso extraño!
por igual en la medianoche rojo.

Y sabe que ser siempre tan conforme,
o muchacho o maduro le resulta
el Vesubio encendido en cuerpo y alma,
y le ha valido todo porque siente
que es el tiempo mejor para estrenar
el hálito vital reconcentrado,
tal volcánico ardor
por dentro de la existencia gastada,
y cercanas cenizas
yazgan como candela inapagable.



(Consecuencias del fuego interior)

No es el humo que anda ligero arriba,
ni son cenizas en el suelo acá,
he aquí nada más que candente fuego
que ilumina y calienta la existencia,
y entonces ya no te deslizas flaco
como ayer en la pura nada física,
sino rápido vas
del pasado larguísimo y no grato
al futuro chiquito
en que cada sentido está allí puesto.

Sí, en efecto, aquel tiempo que le queda
aunque breve muy gratificador,
y en consecuencia la restante edad
es un caudal de días sosegados
por sólo acariciar expectativas,
que como las estrellas de los cielos
son tan innumerables
y brillantes en la postrera noche,
trocándola en aurora
que al poniente en un santiamén engulle.

Que todo estriba en el ardor aquel
del más reconcentrado afán humano,
y pues tanto una balbuciente voz
cuanto el divisar con desgano el mundo
paradójicamente son las bases
de una futura idea positiva,
que disipa el silencio
reinando impenetrable alrededor,
y también esas pausas,
que es del gozo el paréntesis mortal.

Finalmente la grata nueva máxima
que mejor hoy recién bella y florida
por ser más socorrida en los otoños
que en el despertar de la primavera,
y esta tardanza tan al infinito
excelente lección resulta ahora
al sazonar el tiempo
el deseo excesivo de tener
aquello apetecido,
y nunca ni una pizca habida entonces.

No es otra cosa que la ansiada boda
en vez de las exequias puntualísimas,
por fin a causa del interior fuego
que es como el sol que brilla nocturnal,
trocando las cenizas por ventura
en tizones que encienden las entrañas,
intrínseco invisible
espectáculo que es sencillamente
un escudo biológico
imbatible en las lides de la vida.

No iguales serán como los de ayer
esos días que a uno le otorgaron,
y en cambio rebosando en adelante
otras horas más que son engendradas
no según la disposición divina
que rige a los mortales al nacer,
sino por el designio
que acrecienta la propia voluntad
en ser fiel hortelano
en otoño sembrando y en crepúsculos.

Más que campo florido a la intemperie,
en el reino interior por vez primera,
como la misma mies ni más ni menos,
el afán desde el millonésimo año
tan incólume, tan sin mengua alguna
al no vivir entonces tal los otros,
y firmemente ya
esperando que el hoy de ayer horrible
se torne por entero
en el hoy del mañana codiciado.

Y puede ser de nuevo al infinito
igual estado sobre el suelo árido,
que no importa que esto suceda siempre,
pues más puede el humano afán eterno
por entre los nublados inflexibles
en donde alguna vez tiene que haber
la lucecilla inmensa
disipando la oscuridad continua,
que desde edad temprana
obliga a ir a tientas tramo a tramo.

Pues con cada sentido fijamente
puesto en este solar rayo instantáneo
que se espera que cuando brille arriba
sea del cielo benévolo anuncio,
y al unísono en el remoto suelo
donde un varón que es un puntito apenas
se torne en gran viviente,
hasta ser un centímano sin par,
y haga uso de su gula
que nunca para sí la ha estrenado.

Es el más esforzado por saber
desde la cuna toda excelsitud
terrenal antes de dejar el mundo,
que ya cuánto anhelaba por entonces
trofeos de la magna 'primavera
y en cambio ni una pizca coronó;
por tal funesta causa
fue un ardoroso corazón sediento
que quería que el agua
se convirtiera en fuego inapagable.

IV

(La contienda entre el
esperanzado y el desesperanzado)

Bajo el gris firmamento helos allí
de pie sobre la áspera corteza,
cada cual divisando lo visible
con los ojos de lince equidistantes
y de modo distinto día a día:
uno con la fe de un viviente hambriento
en el mañana ignoto,
el otro por su hartazgo desde ayer
desairando el futuro;
y uno espera todo y el otro nada.

Estos prójimos son la encarnación
de la viva antinomia en cuerpo y alma,
pues van hacia contrarias direcciones:
o bien cavar a fondo en cualquier parte
no en pos de oro mas sólo estaño pobre,
(que para él buscar es lo mejor siempre);
o bien con el desgano
como un oscuro piélago cubriéndolo
cuando maquinalmente
ni a los lados, ni atrás, ni hacia adelante.

Uno se empeña en divisar la aurora,
y el crepúsculo el otro devorándolo,
que campantes avanzan por la vida
esquivándose con desdén recíproco
hasta librar la silenciosa lid
entre incrédulo y crédulo implacables,
que éste resignado
hasta en no aproximarse a ningún gozo,
y aquél nunca jamás
ser un paciente caracol humilde.

Es el coloso humilde que sí acepta
su triste estado no a regañadientes,
y aguarda sosegado hora tras hora
el propio ser futuro -¡el suyo, el suyo!-,
ansiando lo que tanto se retrasa,
que a rastras sobre la corteza va,
aunque sí afortunado
porque con brío repta por el suelo
cuán placentemente
al saber que este andar en vuelo muda.

Y aquél que es de la Parca secuaz fiel
por ser tal nunca acepta las ofertas
de buena nueva -para el otro gratas-,
y se la pasa cuánto enfurruñándose,
que si bien está en un desierto ardiente
no quiere saber ni de fuentes ni oasis,
y no le importa un bledo
o nadar o volar o andar allí
en deleznable arena,
y allí iguales su cuna y su sepulcro.

He aquí dos polos como día y noche
que por diametralmente contrapuestos
contrastan más que luz y más que sombras
durante el existir acá doliente,
que uno se siente pese a todo Fénix
resucitando de la adversidad,
en tanto que aquel otro
cuanto antes en cenizas quiere ser,
y poniente y aurora
para éste y aquél en porción par.

Entre ambos no se entienden nunca nada
por hablar una lengua diferente,
quien balbuciente como un niño tierno
sin pasar hasta ahora los umbrales
al no saber aún de la existencia,
en vez el otro quien fácilmente habla
cual árbol, perro u hombre,
y es docto y glacial y autosuficiente,
que para él niñerías
son el quejarse de no haber vivido.

Cada cual deja abajo sus pisadas
y arriba el bifurcado divisar,
que paso a paso cada cual modela
la vastísima sublunar corteza,
e incluso el aire adonde van los ojos;
que en uno y otro de los hemisferios
hay varones disímiles,
pues conforme el talante respectivo
ya listo a disiparse,
ya a vivir aunque mal por vez enésima.

Por sus propias razones ambos son
irreducibles entre sí por siempre,
que poco les importa tal estado
y hasta parecen muy envanecidos
o por confiarse del mañana oscuro
o por rechazar el posible gozo;
que tal el firmamento
de uno y otro viviente desigual,
y respectivamente
benigna el aura y fiero el aquilón.

Así, la sorda lid en que se enzarzan
el fiel de Venus (que es la pura vida)
y el secuaz de la Parca enfurruñado,
que cada cual con su personal modo
cómo encaran las cosas en el mundo,
aquél portando al hombro un pez vivito
y cuán sumido éste
en el mar de las incredulidades,
que entre ellos no se miran
ni acá ni menos en el más allá.

V

(El arquitecto habla de los castillos
en el aire)

Es la ley de la arquitectura dulce
hacer castillos en el aire altos
para estar cerca del celeste reino,
que es mejor que asomarse ansiosamente
a las áureas ventanas terrenales
desde donde se miran las efímeras
cosas de acá y ahora,
mas no por cierto las empíreas salas
que divisa aunque lejos
aquel que sólo vive esperanzado.

El arquitecto comenzó sus obras
después de cruzar el umbral nocturno
por Cupido ayudado, que no es niño
sino jayán que a elevar lo auxilia
por encima del éter las moradas
edificadas por la suma acción
de amar tempranamente,
sin pensar que ipso facto se irá todo
desde entonces abajo
exactamente al ras del duro suelo.

Desahuciado de las futuras fértiles
primaveras él queda cuando joven
entre livianos muros desplomados
que arriba no duraron ni un momento,
y en vano fueron las tamañas ansias
de una contenta vida por delante,
¡sin duda un hecho raro!,
que incomprendible le será por siempre
al palpar los escombros,
que son como el mal ceño de los cielos.

Estos restos que apenas han caído
de lo alto al soplo de los vientos fuertes
en un flamante polvo se transforman,
señal de las postreras cenicitas
del bisoño mortal que se propone
edificar ya en la aurora primera
moradas por doquier
como flechas en vuelo vertical,
que todo era muy pronto
y no se daba cuenta a la sazón.

Y son menudas partes lo que resta
de la ilusión naciente e infinita,
que ya por esos días el castillo
hasta los aires no puede empinarse
no obstante ser el pálpito del alma,
rayo que no atraviesa las tinieblas;
y ni ayer y ni hoy
nunca oportunamente llega la hora,
que la espera se alarga
(¡pero vale soñar acá mil años!).

Este arquitecto que sin pausa allá
entre las nubes pone los cimientos,
empeñado en que sean unas gradas
para escalar los cielos cuanto antes
y librarse del acto de poner
sus plantas sobre abrojos y guijarros,
que todo fue infructuoso,
y en vez de empinadísimo edificio
sólo una baja cueva
por entre el mismo sublunar subsuelo.

Es ésta la inicial lección acá
acaso la más dura en el vivir
ya que es caer de bruces desde arriba
hasta un recóndito punto de abajo
donde nunca se puede concretar
ni un átomo del sumo ser etéreo,
y en cambio cuánto a rastras
aquel que soñar quiso solamente
apenas comenzando,
que las sienes son menos que los pies.

Ni en la cima de una montaña impar,
el castillo recién edificado
logra penetrar los livianos aires,
que son archienemigos del recinto
parido por la mente a primera hora;
y con espumarajos de fiereza
el alto cielo impide
que su seno cobije de repente
el flamante edificio,
esa invisible masa qué entrañable.

Los aires son celosos y no admiten
que casi gorjeando la existencia
el bisoño comience a elevar
más allá de las nubes una escala,
y vertical perennemente allí,
y en consecuencia nunca al ras del suelo,
que la ascensión quería
como el ave al infinito volando
sin reptar ni un minuto
conforme un gusanico silencioso.

Es la obra mayor de la arquitectura
alzar por entre la impoluta bóveda
dondequiera allá sus recintos íntimos
entrando en las alturas más secretas,
cuya naturaleza contradice
al ávido mortal esperanzado,
no otro que el arquitecto
que desde que se aleja de la cuna
o se acerca a la Parca
osa elevar castillos en el aire.

VI

(Cuando la lejanía queda abolida)

He aquí el orbe con ambos hemisferios
cómodamente ras con ras yaciendo
en la cercana palma de la mano,
y por allí enseguida ir y venir
hasta alcanzar la cuna de oro y plata
en donde el primer punto apareció;
que tal suprema senda
enseña que vivir no es necesario,
mas sí navegar siempre
con la proa directa a las entrañas.

Estas que tengo por delante ahora
son milenarias rutas renacidas
por el pensamiento carnal y anímico,
que terrenal corteza está por dentro
destinada tan sólo a remontar
el pasado recóndito del mundo;
y heme entre sien y sien
hoy día a cada rato muy resuelto,
que como un navegante
veo nereidas en la noche oscura.

Es pedir mucho a los benignos cielos
el navegar por entre tales ninfas,
y en cambio sigo los itinerarios
que llevan a las sedas, las especias,
el incienso y la piedra lapislázuli,
y al volver ir por el dorado ámbar,
que la vacía mente
a raudales la colman por completo,
pues merece zarpar
en pos de los imaginados puertos.

El rumiar sólo los lejanos viajes
resulta como repetir el curso
de quienes ayer fueron los primeros
en zarpar tan miedosos cuanto osados
navegando al comienzo por los mares
y cabalgando luego entre montañas
desde el alba a la noche,
hacia un lejano puerto vislumbrado
según el palpitar
del tacto, vista, olfato, oído y gusto.

Ni brújulas ni mapas tiene a mano,
aunque sí cien mil crónicas de viaje
en las que a fondo fija los sentidos,
inmóvil en su torre de marfil,
metiendo en el pensar muy juntamente
todo ese milenarío itinerario
como la nueva ruta,
donde son liana y olmo entretejidos
las opuestas antípodas,
que abolida la lejanía queda.

Y en carne y hueso por los cuatro lados
cuánto quisiera andar directamente
hasta esos reinos que conozco en sueños
y recorrerlos una y otra vez
y palpar con la hidrópica mirada
lo tangible jamás delante de uno;
que el corazón hambriento
atropelladamente cómo engulle,
tal un goloso ser,
la ignota ciudad a la que se llega.

Sí, pues, cuánto daría por viajar
a través de la superficie inmensa
paso a paso por entre cielo y suelo,
grabando en la memoria cada sitio
con sus óptimas físicas imágenes
e incluso las historias secretísimas,
que aquel antes inmóvil
como un árbol clavado día y noche,
pasa a ser de improviso
tan docto peregrino cuanto raudo.

Que la gran lejanía no lo es tal
y el escondido soñador se muda
pasando desde adentro a la intemperie,
yendo por entre el aire y agua y fuego,
que imaginado punto cardinal
por delante está para ser mirado
no a fondo dentro de uno,
mas hoy el Nilo, el Eufrates y el Ganges
cómo los palpo acá,
que lo intangible ayer es hoy tangible.

Esas zonas remotas que son sendos
sacrosantos imanes poderosos,
que finalmente desde el Mar del Sur
hasta allá por siempre lo llevan a uno,
y así ha sido por tanto codiciar
las rutas primordiales únicamente,
que de par en par se abren
con ese brío de la aurora humana,
y el mortal antes quieto
avanza como las celestes nubes.

Es el andar por el visible mundo,
enigmáticos sitios de la Tierra,
que inalcanzables nunca más lo son,
y a mano y por delante de los ojos,
entre los dedos y entre las pupilas,
como racimos de melosas uvas,
que a ese puerto oculto
hasta ahora no visto ni a lo lejos,
arribar, ¡salve, Spes!,
con los afinadísimos sentidos.

VII

(El vengador esperanzado recuerda
a Puschkin, Chocano y Vaché, que
estuvieron entre la pluma y la pistola)

La esperanza de la venganza fiera
es una rara combinación íntima
que bulle todo el día arriba abajo
por su naturaleza inconciliable
como la suma de las paradojas
porque muy sacrosanta es la confianza
e infernal el desquite,
que así ocurren las cosas en el suelo
en disonante mezcla,
como del varón la actitud más híbrida.

No es lógico que desde la azul bóveda
llegue la venia para así vengarnos,
que es la esperanza más descabellada
querer que el ángel de la guarda guíe
la diestra no empuñando la fiel lira
sino al fin firmemente una pistola
para clavarle un tiro
al ofensor que de repente embiste;
que el cielo no destila
hiel viscosa mas sí amarilla miel.

En las arduas contiendas el buen hado
desde el alba del mundo exactamente
nunca en pro del desquite colabora,
aunque para uno sea justo y puro,
expresión de la simetría anímica,
que no hay que pedir a los altos cielos
la aprobación ansiada
para hacer pagar cada injuria y mal,
que el balazo o los ajos
están bajo el dictado de uno mismo.

Que insólito pedido puede entrar
por un oído del custodio ángel
y salir por el otro prontamente,
hasta quedarse inerme el vengador
frente al archienemigo bestia u hombre,
que arreglárselas debe por su cuenta
sin amparo divino,
planeando su autodefensa solo
y cual gallo soñándose
a rostro firme vivo o aun difunto.

Aunque el afán del personal desquite
acaso puede dar algún provecho,
como es sentirse un semidiós seguro
en el valle de lágrimas temible,
aguardando la coyuntura exacta
para lavar la ofensa por entero,
y es soñarse a sí mismo
como un trocito de titán antiguo
hasta para seguir
viviendo, aunque ofendido, ufanamente.

Y la esperanza varonil se esfuma
apenas elevándose hacia arriba,
y el vengador entonces queda acá
con su furtiva hiel metida dentro
sin saber qué le ocurre en adelante
y por cuál senda dirigir sus pasos,
que encarar debe ahora
la fe que puntualmente va en aumento,
y el pavor vergonzoso
por el cual cada pelo se le eriza.

Es la máxima fe que frena el dedo
cuando el gatillo poderoso aprieta
quedando pues sin coronar el odio,
y en ciería no más aunque lo codicia
fatídico ademán que es ahogado
por el respeto del mortal varón
a la ley del empíreo,
en donde las venganzas no se aceptan,
que allí la diestra sabia
la lira empuña mas no la pistola.

Que en verdad en el fondo muy recóndito
en silencio también horada el ánimo
eso por lo cual automáticamente
humano y bruto son espantadizos,
que el pavor milenario se presenta
en un varón de tenue polvo hecho,
quien no ata ni desata
ante el bajo mortal que de improviso
lo deja ciego de ira
y hasta el día del juicio malparado.

Y es algo inexorable el discurrir
a la intemperie en la sombría noche
inerte por los cuatro lados siempre,
no en inexpugnable fortín enhiesto
en que otros se cobijan rápidamente,
y en cambio sí castillos en el aire
en donde a duras penas
está viviendo con resignación,
y en donde qué acosado
por dragones que vuelan como moscas.

Y no hay mal que por bien no venga fijo,
por ser un vengador sumido en pánico
y en el más allá crédulo constante,
que sin duda es mejor mirar ahora
el claroscuro de las almas pobres,
pues según la costumbre inveterada
hay muchos en el mundo
que el suspiro final así lo viven
al cruzar los umbrales
en pos del cielo o del infierno ignotos.

VIII

(Confiando en la pluma, el folio
y las letras)

Este folio abismal se extiende aquí
como boca de lobo cuán abierta
desde temprano hasta el anochecer
cuando la pluma ni una pizca avanza
ni retrocede ni va a los costados,
como un clavo en el mismo exacto sitio,
que es la causa terrible
por la que enmohecida dentro y fuera
irremediabilmente,
y ansiando los pretéritos borrones.

Sí, mejor dicho, oscura planta inmóvil,
que ningún punto cardinal alcanza,
y nada más delante fijamente
de aquellos elevados precipicios
desde donde se miran las honduras
más viscosas en apretado haz,
y es cuando ni una tilde
se puede coronar por más empeño,
que alelada la pluma
aquí vegeta sin saber qué hacer.

Es esa misma albura del buen cisne,
mas semeja el immaculado folio
como la boca de la fiera atroz
donde las letras quedan engullidas
por entre las tinieblas del garguero;
y mientras tanto todo es un estado
tan impalpable, insípido,
inodoro, inaudible e invisible,
que al no escribir ni jota
el poder sensorial se debilita.

No una pluma cojuela sino bruta,
porque los males son del intelecto,
que Euterpe no la muda en docta lira,
y en los mismos umbrales hora a hora
está como adherida ostra al peñasco
formando un solo ser de escaso seso;
que tal la realidad
de la pluma que aquí tumbada yace,
(¡mas piensa en la facundia
fecundando los folios en mil frutos!).

Y es tiempo de hablar del pasado fértil,
o sobre todo de los días próximos
en los que se confía a pie juntillas
tornar al primer madrigal de ayer
y recobrar los ímpetus aquellos
cuando se exterioriza lo interior
mañana, tarde, noche,
que entonces previamente era el vivir,
y hoy antes de la muerte,
que en ambas situaciones es igual.

Es el retorno a los comienzos fúlgidos,
y nuevamente preguntar a fondo
de dónde viene el folio deleznable,
por qué yace acá y hacia dónde va,
antes que la polilla se lo coma,
que es bueno saber los misterios sumos,
anticipadamente,
y por eso la diestra empuña firme
la pluma esquiva ayer,
que por Euterpe al fin hoy muda en lira.

El instrumento musical no es ya
retráctil frente a tantos días hoscos,
que tras confiar en él porfiadamente
vuelve en sí de improviso y encarando
otra vez sus tareas suspendidas,
que ahora en el otoño silencioso
con bríos se reanudan,
por no dejar de alimentar las ganas
de emitir como ayer
aunque sea unos sonos disonantes.

Que regresa el dominio de sí mismo
por completo tal como en los comienzos,
y he aquí el virgen espacio circundante
como un cielo sin nubes despejado,
en donde tañer otra vez acá
divisando en la vida plenamente
desde el subsuelo oscuro
la incógnita morada de los cielos,
que es don entre los dones
para un mortal viajero imaginario.

No hay otro modo de alcanzar contento
las grandes y desemejantes ansias,
que el tañer o escribir (que es cosa igual)
intercede oportunamente siempre
para hacer lo que codiciamos hoy
como tocar las puertas celestiales,
o el ardoroso amor,
que es piedra angular del visible suelo;
y bien que bifurcado
al final acá el sino es uno solo.

Y resulta el mayor de los consuelos
el poder aferrarse con firmeza
de unas pequeñas letras sobre el folio,
que pese a ello son copiosas fuentes
de adecuado sosiego en el ocaso
hasta alejar el último suspiro,
¡hecho extraño por cierto!,
dilatando el percedero estar,
y además, ¡salve, Spes!,
por querer repulir la obtusa pluma.

IX

A part l'adoration de Dieu la
volupté est donc l'act le plus
religieux de la vie
Malcolm de Chazal

Sí, santos cielos, que arda para siempre
la fuerza del amor en cuerpo y alma,
dando fe que resulta inapagable
la candela de las candelas reina
que es la tea del ara que está aquí
en el centro del corazón hambriento,
porque ardoroso late
cuando Eva en el umbral apenas surge
encendiendo de súbito
las imberbes o las maduras llamas.

Ojalá que de nuevo en su interior
e igual que ayer aquel estar feliz
ya entrando y ya saliendo como autómata,
que cuanto antes volver es lo anhelado
para partir de allí hacia el más allá
conociendo la placentera vida
del mismísimo Edén
y anticipadamente disfrutándola
merced a Eva, que es todo,

aunque tengamos de ella sólo partes.
Nada más que en el punto codiciado
horas, días, años o siglos previos
al último suspiro inexorable,
que breve o largo tiempo da lo mismo
cuando son cosas de la eternidad,
que por adelantado allí gobierna
en donde se produce
la unión de la pareja en pleno otoño,
que aunque dos seres ínfimos
son rey y reina desde que se encuentran.

Y en ese punto estar y nunca en otro,
como ayer por los cuatro lados bien,
que es lo que más se ansía en este mundo
entrar y salir día a día siempre,
o estar perennemente palpitando
allí a la vez en aire, fuego y agua,
y es la mejor manera
de andar acá por el restante trecho,
adelantando pues
un paso en pos de la suprema cima.

Ahora y no antes es mejor vivir
en esta situación encaminándose
con los ojos del alma y cuerpo fijos
en el próximo nuevo estar celeste,
que es oportuno conocerlo hoy
entre el gozo instantáneo postrimero
y el perdurable éxtasis,
que ignoto no será por tal motivo
previéndolo asombrado
en la porción corpórea de la musa.

No salir ni una vez del lugar magno
en el cual la sensualidad gobierna
desde acá a los confines siderales,
y el ápice es allí y no en otro sitio,
y donde empieza la ascensión directa
a coronar un ser indivisible,
como la vid y el olmo
o perro y perra unidos cien mil horas,
que lo sublime humano
alza al cielo la boda en este suelo.

Y entretrejerse entrambos hilo a hilo
como compacta urdimbre y homogénea,
y es el mudar perfecto día y noche
en una sola carne y esqueleto,
y en una sola el alma de los dos,
que es el todo sin par apetecido
en un único palpito
como si en esta unión ambos dejaran
de ser dos codo a codo,
y en cambio exactamente eterno uno.

Otra vez estar arropado acá
entre la carnal envoltura amada,
y así la abolición de la pareja
que no volverá a ser en adelante
dos amantes a la intemperie fríos
mirándose o hablándose de lejos,
y nunca más entonces
como la plata y oro frente a frente
en los ignotos límites,
que un solo ser qué de quilates vale.

Es el alto tabernáculo al fin
ese monte de Venus codiciado
donde guardar el pasmo compartido
bajo la forma del resplandor rojo
de la primera aurora de la Tierra
brillando sobre Adán y Eva muy juntos,
uno en el otro dentro
ceñidos por la aureola luminosa,
que muda el tabernáculo
en la casa del éxtasis celeste.

Todo empieza con la sensualidad
no del reino del bolo alimenticio,
ni tampoco de las sensibles artes,
sino aquella latiendo en las alturas
del alma y de la carne puntualmente,
sobrepujando el tiempo y el espacio,
y donde se entrelazan
el tacto, vista, olfato, oído y gusto,
como si los sentidos
de cada dama y hombre allí se unieran.

BLANCA

X

(El dioscuro inmóvil y el dioscuro andante)

Estos de Zeus y Leda amados vástagos
qué situaciones tan distintas viven
desde que vieron el primer lucero:
uno fijo en la terrenal corteza,
en tanto como flecha avanza el otro
hasta coronar el remoto Orión;
que haber o carecer
de movimiento es harto decisivo,
bien para ser un ave,
o un clavo en la madera hasta las cejas.

Es Pólux el inmóvil sempiterno
en el suelo, en el agua y en el aire,
que privado de pies, aletas y alas
está en un mismo sitio resignado
como un árbol que no camina nunca,
que el cetro de la múltiple parálisis
a cada cual le puede
tocar al nacer en aquellos reinos,
y sea acá o allá
queda en la más atroz de las quietudes.

El otro es Cástor -el dioscuro andante-
que a Pólux las espaldas no le vuelve
desde cuando estuvieron en el mundo,
aunque sí parte en pos de su destino
que en cada punto cardinal lo aguarda,
y en donde pisa fuerte el duro suelo
con las plantas ligeras
ambas centuplicadas con las otras
del hermano inactivo,
a quien le usurpa su personal tránsito.

Que el injusto reparto de la vida
ocurre pronto cuando brilla el alba,
y acá el rincón sombrío queda íntegro
para allí gatear a duras penas
entre un montón de cosas inservibles,
como él inanimadas justamente,
que es la juridiscción
de la paterna casa donde nace,
que aunque diáfana y vasta
tal punto oscuro para sí lo escoge.

En tanto el otro erecto cual coloso
sobre los dos talones firmemente,
no en las aguas pescado horizontal
como aquel mortal en el suelo a rastras;
y en verdad de su asombro no se libra
al ver los pies distintos por entero,
que son sin duda alados,
y en cambio los de su entrañable prójimo
en el presente inmóviles,
como ayer y mañana puntualmente.

Que por ti, Pólux, tu feliz hermano
no deja de sentirse un inmortal,
compendio de la gran familia azul
al que le han dado el movimiento sacro,
que a perpetuidad debió ser de ti,
y merced al cual llega a las antípodas
por ese impulso puro
que tuyo era y pasó a él de repente
por mandato divino,
que ni tú entiendes ni tampoco Cástor.

Y son éstos los hechos insondables,
si bien, inmóvil Pólux, tu confianza
prosigue inmarchitable pese al tiempo,
que tus talones a la vez se empeñan
en discurrir como los de un ser sumo
que es volátil, acuático y campal,
como Cástor que quiere
vivir con los sentidos palpitando,
aunque raudos los pies
son mejor que afinados los sentidos.

Porque quien nunca pudo ir y venir
e inalcanzable le resulta el mínimo
trayecto de la hormiga pequeñuela,
es más justo empeñarse en codiciar
el ir y venir de los otros reinos,
que así al valle de Josafat arribas
primero que tu par,
y de allí al más allá directamente,
pues qué alados resultan
tus talones por mucho imaginártelos.

Y merced a Spes ambos satisfechos
en el albor de las postrimerías,
porque en ondas ligeras ha trocado
por fin Pólux el inactivo ser,
y también parte en pos de su destino
que por suerte no es ya de un gris efebo;
y Cástor ¡qué rareza!
que la grandeza humana la corona
a través de su hermano,
al velar cada átomo de él siempre.

Por lo uno y lo otro Zeus y Leda
al pie de los confines siderales
esperándolos por igual felices
a los dioscuros, que son sus amados
vástagos, por aquellas circunstancias
únicas en el globo sublunar,
uno por tan andante,
el otro por no andar nunca ni un trecho;
y Zeus y Leda observan
que los dioscuros y ellos son un todo.

Laus Deo

CARLOS GERMÁN BELLI: ESE RICO AMANUENSE DEL PERÚ

En un período en el que la poesía hispanoamericana tendía a privilegiar el presente inmediato, con el instrumento único del lenguaje conversacional, el poeta peruano Carlos Germán Belli se atrevió a nadar contra la corriente, poniendo en escena a remotos pastores, zagales o mayores, y a personajes llamados Anfriso, Tirsis o Cloris, en medio de paisajes obsoletamente bucólicos. La audacia de Carlos Germán Belli consiste en asumir la tradición hispana del clasicismo y del neoclasicismo -de preferencia la más fosilizada y re-torizada- de un modo tan radical, que tanto puede provenir de una actitud auténticamente *naif*, como de un desprecio total por la moda literaria.

Pero Belli no se detiene ahí. En sus textos conviven, ya pacíficamente, ya “belli-cosamente”, la retórica muerta de la poesía española y el habla viva de “Lima la horrible”, con sus “hasta las cachas”, sus “bofes” y sus “descuajaringándome”. Un híbrido, claro está, en el que también entran en juego palabras que connotan modernidad: “cibernética”, “supersónico” o “plexiglás”, junto a otras que asociamos con lo anticuado: “robre”, “cierzo”, “doradas aras”. Lenguaje acumulativo, tan descaradamente artificial, que termina por romper la barrera de los códigos, para ingresarnos en una nueva dimensión.

Y es que en la obra de Carlos Germán Belli confluyen dos códigos poéticos: el del manierismo barroco y el de la

modernidad, los que se fusionan en el discurso para dar a luz -sincréticamente- a un tercer orden. Estos códigos se actualizan en los distintos niveles de cada poema, pero se perciben con mayor claridad en la compleja sintaxis y en el léxico que es simultáneamente actual y anacrónico.

Por otra parte, el personaje que habla en los poemas de Belli se presenta como inferior a los demás y se auto-designa de manera degradante o anhela convertirse en ser infrahumano e incluso en cosa ya ni siquiera humana. Ajena, sin embargo, a la prédica proselitista, la poesía de Carlos Germán Belli devela los mecanismos de alienación y cosificación del ser humano, de un modo mucho más eficaz y desgarrador que la poesía del voluntarismo socializante. Por ello la caracterización propuesta por Mario Benedetti, al afirmar que Belli se encontraría en un “cepo metafísico”, me parece sólo parcialmente adecuada. Cepo sí, pero ni su “prole”, ni el Fisco, ni los “peruanitos”, ni los amos, ni su tullido hermano Alfonso -todos muy reales; todos muy presentes en los poemas- tienen nada de metafísico. Léase, por ejemplo, el poema “Papá, mamá”, del libro *¡Oh, hada cibernética!*, en el que junto con plantear su queja social y mencionar a sus padre y hermanos, de una manera completamente familiar, Belli busca escapar de la opresión, metamorfoseándose en seres y cosas que provienen de la antigua poesía pastoril:

*Papá, mamá
para que yo, Pocho y Mario
sigamos todo el tiempo en el linaje humano,
cuánto luchasteis vosotros
a pesar de los bajos salarios del Perú,
y tras de tanto tan solo me digo:
“venid, muerte, para que yo abandone
este linaje humano,
y nunca vuelva a él,
y de entre otros linajes escoja al fin
una faz de risco*

*una faz de olmo
una faz de búho”.*

Se ha dicho que toda formalización artificiosa del poema es un obstáculo que impide el acceso del lector a sus niveles emotivos; pero, curiosamente, eso no ocurre en el caso de Belli. Y no ocurre, porque el lector no percibe los mecanismos retóricos de su poesía como meros adornos o decoraciones gratuitas, sino como síntomas de un estado patético del hablante, que alienado y “apachurrado” por “los de arriba” resuelve refugiarse en un sistema poético que, justamente por estar codificado desde hace siglos, le ofrece la ilusoria seguridad de pertenecer a un orden inmutable, a una edad dorada de la palabra y de la existencia humana. Pero ahí mismo emerge la tensión dialéctica; porque el lenguaje inevitable de la actualidad acuciante, que es su vivencia y su contingencia, clama y reclama un lugar en el texto, hasta lograr entreverarse en él como una mala conciencia. A Belli, refugiado en el ayer, le penan los fantasmas del presente; sólo que en este caso se trata de fantasmas de carne y hueso.

Más allá de las vanguardias y de las retaguardias, el discurso de Carlos Germán Belli es una nítida y original representación de lo post-moderno, con sus hibridaciones, con sus pastiches que él denomina “plagios”, y con su nivelación de las llamadas alta y baja cultura. Pero por sobre todo, la poesía de “este pobre amanuense del Perú” es riquísima expresión del deterioro que roe y corroe el linaje de los marginados, mientras sueñan despiertos con un mundo mejor.

Óscar Hahn

ÍNDICE

Carlos Germán Belli: del buen vivir al buen morir 7

¡SALVE, SPES! 11

I 12

II 19

III 25

IV 31

V 37

VI 43

VII 49

VIII 55

IX 61

X 67

Carlos Germán Belli: ese rico amanuense del Perú 73

Ilustración de portada:

Walker Evans

VIEJO SALÓN PARA EL DESAYUNO EN
LA PROPIEDAD DE LAS PLANTACIONES
BELLE GROVE

White Chapel, Louisiana, 1935

COLECCIÓN
PALIMPSESTO
TÍTULOS PUBLICADOS

1. Albano Martins
VERTICAL EL DESEO
Traducción de Agustín María García López
2. José Juan Tablada
UN DÍA ... EL JARRO DE FLORES
Introducción de Agustín María García López
(agotado)
3. Antonio Porchia
VOCES
Selección de Francisco José Cruz
Texto preliminar de Roberto Juarroz
(agotado)
4. Roberto Juarroz
POESÍA VERTICAL. DIECISÉIS POEMAS
Estudio preliminar de Laura Cerrato
Epílogo de Jorge Rodríguez Padrón
(agotado)
5. Eugenio Montejó
ADIOS AL SIGLO XX.
Precedido de EL TALLER BLANCO
Entrevista de Floriano Martins
6. Javier Sologuren
POEMAS
Prólogo de Jorge Rodríguez Padrón
(agotado)
7. Juan Sánchez Peláez
AIRE SOBRE EL AIRE
8. Antonio Ramos Rosas
EL ARCO DE HOJAS
Traducción y entrevista de Eugenio Montejó
9. Guillermo Sucre
LA SEGUNDA VERSIÓN
(agotado)
10. Rafael Guillén
DOCE POEMAS CARDINALES
11. POESÍA DE LA INTEMPERIE
Selección poética de letras flamencas
Edición de Francisco José Cruz
(agotado)
12. Roberto Juarroz
DÉCIMO CUARTA POESÍA VERTICAL
QUINCE POEMAS
Prólogo de Laura Cerrato
(agotado)
13. Fábio Morábito
EL BUSCADOR DE SOMBRAS
Entrevista de Francisco José Cruz
14. Antonio Deltoro
POEMAS EN UNA BALANZA
Selección y entrevista de Francisco José Cruz
15. Virgilio Piñera
VIDA DE FLORA Y OTROS POEMAS
Selección y prólogo de Manuel Díaz Martínez
(agotado)
16. Humberto Ak'abal
TODO TIENE HABLA
Selección de Francisco José Cruz
Prólogo de Mario Monteforte Toledo
17. José Manuel Arango
LA SOMBRA DE LA MANO EN EL MURO
Antología
18. Carlos Germán Belli
¡SALVE, SPES!
Prólogo y epílogo de Óscar Hahn

Se dio fin a la impresión
en la milenaria ciudad de Carmona
el día 30 de Enero de 2003.

y 1982), *Más que señora humana* (Lima, Ed. Perla, 1986. 3ª ed, con el título *Bajo el sol de la medianoche rojo*, México, Ed. Premiá, 1990), *El buen mudar* (Lima, Ed. Perla, 1987) *En el restante tiempo terrenal* (Lima, Ed. Perla, 1988. 3ª ed. ampliada, Lima CONCYTEC, 1990) y *En las hospitalarias estrofas* (Lanzarote, Fundación César Manrique, col. "La Péñola Blanca", 2001. 2ª ed. Santiago de Chile, Lom, 2002).

Entre las selecciones de sus poemas están *Antología personal* (Lima, CONCYTEC, 1988. Incluye estudios de Mario Vargas Llosa, Roberto Paoli y Enrique Lihn, además de una entrevista y una "página autobiográfica" del autor), *Boda de la pluma y la letra* (Madrid, Cultura Hispánica, 1985), *Los Talleres del Tiempo. Versos Escogidos* (ed. de Paul W. Borgeson, Jr, Madrid, Visor, 1992) y *Trechos del itinerario 1958-1997* (Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1998).

Próximamente, la editorial valenciana Pre-textos publicará su nuevo libro *La miscelánea íntima*.

El poema *¡Salve, Spes!* apareció por vez primera en Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, col. "El manantial oculto", 2000.

No hay en la poesía en lengua española de nuestros días un poeta que, como Carlos Germán Belli, haya construido su obra con más rigor y coherencia ni con menos facilidad.

Su poesía es difícil, melodramática, de un narcisismo negro, impregnada de extraño humor, cáustica y cultísima. Está hecha de inconcebibles aleaciones: la métrica del Siglo de Oro y la jerga callejera de Lima; la sinrazón y el lujo del surrealismo y la sordidez de la vida de la clase media de una sociedad del tercer mundo; la nostalgia y el sueño de una existencia pletórica que se hace trizas al estrellarse diariamente con el desmentido de la experiencia y que, tercamente, se rehace por obra del deseo y de la imaginación para despedazarse otra vez, al primer choque con el fatídico principio de realidad. [...]

Es una poesía que debemos leer. Aceptando dejarnos maltratar por sus trabajados ripios, extraviándonos con docilidad en sus tortuosas metáforas, descifrando con paciencia y amor el sentido de sus selváticas alegorías. En esas hosquedades retóricas está retratada nuestra época y fustigada nuestra decadencia como en pocas obras artísticas contemporáneas.

Mario Vargas Llosa



Excmo. Ayuntamiento de Carmona

18

COLECCIÓN PALIMPSESTO